

tada de traiciones y de villanías, justificaba con la honradez, con la severidad y la pobreza de su vida, el último destello de las libertades atenienses que, en mérito a las virtudes patricias de este grande hombre, concedió Antípato a Atenas.

Más tarde, ese mismo pueblo sacrificó ciegamente al eupátrida. Se repitió el ejemplo de Sócrates y Foción bebió, alegremente, la cicuta, el mismo día en que celebraba Atenas la festividad de los Misterios, las fiestas sagradas de Eleusis que fueron hasta entonces nuncios de alegría, cuando no de victorias ciudadanas.

¡Augurio lamentable, revelación siniestra, quizás, de la ira del dios alegre y victorioso que abandona al justo destino de la iniquidad triunfante, a un pueblo envilecido y degradado!

¿Qué hado o qué sino fatal pesaba sobre la dictadura monstruosa, sobre la tiranía proteica y desatentada de la multitud? ¿Qué trágico pudo llevar nunca al Odeón esta fatalidad de la Democracia, devorándose a sí misma?

Muertos Esquilo, Sófocles y Eurípides, no convenía presentar con la talla de los dioses y de los viejos reyes, a los histriones del populacho. Demos alcanzó la justa proporción de su espíritu desmedrado en el diálogo puerco y obscuro de la comedia, en la carátula cómica de Aristófanes, en el sarcasmo estupendo del inmortal comediógrafo, cuya burla sangrienta aún hiere nuestros oídos a través del tiempo, como el eco de una sonora e interminable carcajada.

No cabían en otro escenario las fachas desahogadas y ambiguas de pícaros inconfesos como Cleón y como Demóstenes. Los grandes designios ni las tormentosas fatalidades, no pueden ser atribuidos a los pigmeos simuladores de la virtud y usufructuarios del deshonor. No le cuadraban bien a un Demades sin honra, el sino de los Atridas o el infortunio de Layo. Clitemnestra y Yocasta, Orestes y Edipo, no cabían ya en el espíritu menguado de los contemporáneos de Diógenes ni en la escena regocijada, murmuradora y empequeñecida de la democracia ateniense.

El verbo poderoso de Esquilo y la malicia vengativa y aterradora de Eurípides, debían sonar a cosa hueca en los oídos cobardes de la Demagogia inheroica.

La historia de la ciudad, trajo a esta época su producto contingente perpetuo, de inevitables resultados. En el encadenamiento constante de las causas que provocaron desde Aristides un producirse de los hechos, con vistas a determinada dirección política, no podía faltar, sin duda, ese factor de corrupción y de anarquía que ha caracterizado siempre al dominio de las plebes.

Este fué el sino que laboró en años pretéritos la esclavitud de Atenas, bajo la tiranía de Antípato, en nada semejante al hado heroico, fabuloso y trascendental de Edipo.

Si los yegüerizos de Polybio salvan al niño predestinado al parricidio, es porque el hado quiere también que el padre muera a manos del héroe, en una encrucijada de la Fócide.

La profecía desató una vez sus alas negras de tempestad sobre el palacio de Tebas, y Layo oyó, temblando de pavor, el siniestro augurio. Edipo debía adivinar y adivinó el secreto de la Esfinge, lo trascendental, la predestinación o acaso lo que está simplemente vedado a la ignorancia del hombre, ignorancia que es fuente de la alegría y de la esperanza en la existencia. Edipo adivinó ese secreto y en Edipo debía cumplirse el oscuro designio de la voluntad de los dioses, pero ¿qué enigma de verdadera virtud, de acuciadora sabiduría, inquietó jamás el alma oscura de un demagogo?

Es erróneo pensar que pudo influir nunca en el sentimiento utilitario de estas multitudes positivistas, doctrina filosófica de ningún género. El régimen no respondía a la política ideal de ningún creador de valores sociales, sino al empirismo, a la experiencia más circunstanciada de la ponderación inmediata de la cualidad espiritual de los hombres. Ni los estoicos en el Pórtico, enseñando como los antiguos sofistas, la inanidad, el vacío y la futilidad de toda afirmación humana, la inconsistencia de la definición de las

cosas que no pueden ser definidas, por cuanto no se las conoce, y el amor a la eterna duda, como única posición razonable del hombre frente a un mundo de cuyas cualidades nada categóricamente afirmativo puede inducir; ni los epicúreos predicando el amor al placer, en el quietismo, en la contemplación interior del alma o en el goce de los sentidos, que no deben vivir sino en la ausencia completa de todo dolor, influyeron para nada en el corazón ni en la mente de sus contemporáneos.

Pensadores aislados que vivían su vida en franca y continua hipótesis, pesaban y medían los hechos incontrarrestables que en torno de ellos iba desenvolviendo la vida, y de la observación de esos hechos, evidentemente más que de las inútiles meditaciones abstractas, obtuvieron el firme convencimiento de las dolorosas verdades que mantenían, viviéndolas como apartados de todo contacto con la ignorante y bestial multitud.

Fueron las muchedumbres de entonces, como lo serán siempre, las muchedumbres de cualquier época, las que obligaron a meditar a los sabios y no los filósofos los que enseñaron a vivir a las multitudes.

No sería exagerado declarar que jamás valor ideal de ningún género ha pesado positivamente nada en la conciencia de los hombres que ponderan de modo bien sencillo, pero a todas luces cierto, eficaz y humano, lo positivo, lo mediocre, lo indefectible en nuestra animal y precaria naturaleza, frente a toda virtud de orden moral o religioso, porque si en alguna ocasión alcanza cualquiera de esos valores una fuerza y un prestigio momentáneos, cae bien pronto en una más hipócrita, terrible y despiadada crudeza egoísta de la colectividad que los ensalza, sin quererlos ni practicarlos.

Atenas pudo evitar a su historia aquellos días de oprobio ciudadano, a poco que un seguro instinto de selección hubiera presidido las determinaciones electivas de su pueblo, pero el fracaso de la Democracia que entonces fué, como será siempre, una fatalidad insuperable que lleva en su mismo amor a lo mediocre, a lo que se le parece, a lo que es igual a ella en lo basto, en lo amorfo, en lo inconsulto y en lo simple, llevaba a las magistraturas, cuando no a la hez de la canalla, a una canalla peor todavía: a la canalla letrada de la tribuna pública, a los aduladores de la plebe, a los cínicos estupendos, mercaderes de la palabra, monederos falsos de todas las virtudes, así de las públicas como de las privadas, que obtenían ayer de su innoble comercio como lo obtienen ahora, el gaje afrentoso de su tráfico, en la ra

BOTICA ESPAÑOLA

Preparaciones
ASTOR:

ELIXIR ANTIPALÚDICO
VERMÍFUGO
INYECCIÓN ANTIGONORREICA

SAN JOSE

COSTA RICA

(Pasa a la página 316).